

LA CASA DE LA RIVIERA

Natasha Lester

Traducción: Carmen Bordeu



CAPÍTULO 1

—VOY A LLEGAR TARDE —SE QUEJÓ ÉLIANE A YOLANDE con tono angustiado.

Sin embargo, a sus cinco años, a Yolande le importaban muy poco las obligaciones de Éliane. De hecho, a juzgar por sus puñitos cerrados, era evidente que se cernía una escena sobre los Dufort y que, a menos que Éliane encontrara algo más que un trozo de pan duro para desayunar, Yolande estallaría y Éliane se perdería su clase matinal en la escuela de arte.

—Tenemos hambre —protestó Angélique, quien seguía a Éliane en edad.

Éliane observó los rostros sombríos y silenciosos de sus hermanas. Jacqueline, de doce años, la miraba con ojos suplicantes, deseando que calmara el histrionismo de Yolande y el mal genio de Angélique. Ginette, de ocho años, bostezaba; el alboroto de voces hambrientas la había despertado.

Iba a llegar tarde. Pero no era culpa de sus hermanas que sus padres invirtieran cada franco disponible, incluido el salario entero de Éliane, en su *brasserie* agonizante y, por lo tanto, no hubiera comida en la casa. Se dio la vuelta y, a pesar del dolor casi físico que le producía el solo hecho de mirarlos, recogió todos sus pinceles de marta, los metió en una bolsa y le dijo a Yolande con voz firme pero amorosa:

—Te prometo que mañana desayunarás un *croissant*. Pero solo si te vestes para ir a la escuela y dejas que Angélique te peine.

Yolande se puso de pie de un salto, el lloriqueo ya olvidado, y su melena rubia se agitó en consonancia con su ánimo renovado mientras se lanzaba hacia Éliane.

—*Merci* —susurró, con la cabeza hundida en la falda de su hermana mayor.

—Te quiero —respondió Éliane, y le acarició el cabello. Luego, mientras Angélique ayudaba a Ginette a encontrar sus zapatos, habló al oído de Yolande —: Angélique está asustada. Es el primer año que tiene que cuidarte. Ayúdala. Así verá que no tiene que preocuparse tanto por ti.

Y al despedirse de Angélique con un beso, le explicó:

—Yolande solo quiere que la quieran. Abrázala. Y se portará bien.

Solo habían pasado seis meses desde que Angélique había cumplido quince años. Su regalo había sido sustituir a Éliane en el supuesto privilegio de preparar a las niñas para la escuela, traerlas a casa al final del día, recoger las sobras de la *brasserie* para la cena, darles de comer y acostarlas. Yolande y Angélique seguían molestas por la ausencia de Éliane, que ahora pasaba esas horas en el trabajo.

Por suerte, Ginette y Jacqueline solo necesitaron un abrazo y un beso y Éliane pudo marcharse. Bajó ruidosamente la escalera de caracol desde el apartamento en el tercer piso hasta la Galerie Véro-Dodat, un otrora magnífico pasaje cubierto de la *belle époque*. Estaba flanqueado por tiendas antaño espléndidas, pero ahora casi vacías, con frentes de caoba y separadas por columnas de mármol resquebrajadas y querubines aún alegres, a pesar de que a la mayoría le faltaba al menos un dedo del pie, si no una pierna entera. El olor a café rancio que emanaba del restaurante de sus padres se asentaba alrededor de los globos de

las viejas farolas de gas y hacía que cualquier cliente lo bastante insensato como para aventurarse en la *galerie* saliera huyendo con el paladar inmaculado.

Una vez en la calle, continuó hacia el Museo del Louvre, donde estudiaría y trabajaría, liberada de sus hermanas. El viaje le hizo sentir la ligereza del alivio, pero también la pesadez de la pérdida, ya que Angélique era ahora la receptora de todos los abrazos, besos y pequeños gestos de cariño. Éliane esperaba que su hermana supiera apreciar esas demostraciones de afecto.

En el Ala de las Flores, el ala del Louvre que se extendía a lo largo del río, Éliane corrió hasta la Escuela del Louvre. Tomó asiento en el auditorio y buscó a su hermano Luc por entre las filas de estudiantes, pero mientras que el alma de Luc era devota del arte, su cuerpo rendía culto en los cafés de Montparnasse, y otra vez estaba ausente.

Monsieur Bellamy empezó a hablar de los pintores italianos del Renacimiento y Éliane se concentró en mujeres voluptuosas de cabello largo, en querubines con todas las partes del cuerpo intactas y en un claroscuro de castigos religiosos. Al mediodía, abandonó el edificio, ya que no podía asistir a las clases de la tarde porque su familia necesitaba el dinero de su trabajo. Antes de entrar en el museo propiamente dicho y tomar asiento en la recepción, dispuesta a orientar a los visitantes hacia la *Venus de Milo* y *La Gioconda*, fue a ver a monsieur Jaujard, el director de Museos Nacionales, quien le había permitido continuar en la escuela a pesar de no poder pagar sus estudios ni asistir a clase durante todo el día.

—Monsieur —preguntó con cortesía—, ¿sabe usted dónde puedo vender mis pinceles? —Los sacó de la bolsa, negándose a mirar los últimos restos de su sueño infantil de convertirse en una pintora—. Son de buena calidad, de marta, y tal vez le sirvan a un estudiante nuevo.

Monsieur Jaujard estudió sus tesoros y evitó amablemente mirarla a la cara, que ella sabía que estaba enrojecida tanto por la vergüenza de pedir otro favor como por la pérdida.

—Déjemelos. Conozco a un joven que podría pagarle un buen precio.

—Gracias —susurró ella, y se obligó a entregar los objetos pensando en la cara que pondría Yolande mañana cuando desayunara *croissants* en lugar de pan duro.

Poco antes de la hora de cierre del museo, monsieur Jaujard apareció con un sobre que le entregó a Éliane.

—Para usted.

Ella lo abrió y descubrió al menos el doble de lo que había esperado obtener. Ahora fueron las mejillas de monsieur las que se sonrojaron cuando ella se lo agradeció efusivamente. A continuación, Éliane se marchó del museo: sabía que tenía que gastar el dinero esa tarde o su padre y sus amigos se lo gastarían en bebida en la *brasserie*.

Fuera, el silencio reinaba en las calles; las ambiciones desconocidas de Hitler se cernían como un manto sobre París. Éliane entró en La Samaritaine y encontró dos sujetadores baratos pero adecuados para Jacqueline, quien necesitaba un sujetador desde hacía varios meses. Aun cuando el agotamiento de trabajar dieciocho horas al día en la *brasserie* le hubiera permitido a su madre advertir el desarrollo físico de su hija, no había habido dinero para hacer nada al respecto. Después de pagar la ropa interior, el vuelto le alcanzaba para comprar *croissants*.

Se encaminó hacia su casa con una sonrisa, pues sabía que sus bolsas contenían mercancías y felicidad para sus hermanas, hasta que alguien que llevaba dos máscaras antigás apareció en la acera frente a ella. Éliane apartó la vista. Pero al otro lado de la calle había otro parisino que cargaba objetos igual de inquietantes.

Hitler no atacaría Francia. Ya había invadido bastante

parte de Europa. De todos modos, se detuvo y se quedó mirando las bolsas en sus manos. Un sujetador aliviaría la vergüenza de Jacqueline por un cuerpo cada vez más curvilíneo; una máscara antigás le salvaría la vida.

—¡Éliane!

Un brazo le rodeó los hombros y, junto a ella, en la acera, estaba su hermano Luc. Un año mayor y tan rubio como ella, sonreía de esa forma que siempre la hacía sonreír.

—¿Te acuerdas de mi amigo Xavier? —empezó Luc mientras encendía un cigarrillo y hablaba con él en la boca, con el brazo aún sobre los hombros de ella, de modo que Éliane tuvo que levantar la mano para proteger la brasa del viento—. Fue al colegio conmigo un par de años antes de que su familia regresara a Inglaterra.

Éliane recordó vagamente a un niño de cabello oscuro, nacido en Francia, pero que había vivido casi siempre en Inglaterra y que solía estar en el apartamento varias tardes a la semana después del colegio muchos años atrás. Era un par de años mayor que Luc, pero Luc había decidido que este Xavier iba a ser el próximo Picasso y lo había obligado a que le diera clases de pintura. Poco importaba que se supusiera que Luc debía ayudar a Éliane a cuidar de las niñas; se quedaba pintando hasta la hora de la cena y retiraba todas las pruebas antes de que su madre subiera a arroparlos, momento en el que Xavier ya se habría ido. Había sido un secreto, como el propio deseo de Éliane de ser pintora, algo de lo que solo hablaban por la noche, en ausencia de los padres, sentados en el último escalón fuera del apartamento, café en mano.

—Me lo he encontrado hoy —continuó Luc—. En Montparnasse. Iba a ver a Matisse. ¡A Matisse!

—¿A Matisse? —repitió Éliane, riéndose ahora del entusiasmo de su hermano—. Entonces debe de haber cambiado mucho desde la última vez que lo vi. Solía usar esos pantalones cortos ingleses espantosos...

—Ya no me sirven —irrumpió una voz por detrás.

Luc se rio como si Éliane hubiera dicho algo muy gracioso y Éliane se volvió para ver a un *homme* de cabello oscuro con manchas de pintura en los dedos. Llevaba un traje en lugar de pantalones cortos, las mangas de la camisa remangadas y una chaqueta colgada del hombro como un hombre adulto.

—¿Eres Xavier? —preguntó, incrédula.

—Y tú debes de ser Éliane. Aunque creo que nunca te he visto sin al menos una hermana en brazos.

—Ahora las cuida Angélique. —Mientras hablaba, tomó conciencia, casi por primera vez en su vida, de lo sencillo que era su vestido. Lo había hecho con un recorte de tela pensando que imitaba un vestido de día de Lanvin que había visto en un catálogo, pero ahora se le antojaba como un intento infantil de jugar a disfrazarse.

Xavier, a pesar de toda la pintura en las manos, parecía al menos cinco años mayor que ella, aunque Éliane sabía que solo tenía veintitrés y ella veinte.

De pronto, todas las campanas de las iglesias de París empezaron a repicar y Éliane se despabiló.

—Llego tarde —dijo por segunda vez aquel día—. Dale esto a Jacqueline. —Tendió la bolsa a Luc—. Tendré que ir directamente a la *brasserie*, de lo contrario...

Se interrumpió, pero se llevó una mano a la mejilla.

—Ve —la urgió Luc.

Pero él y Xavier caminaron casi tan rápido como ella y eso significó que vieron lo que pasó: la pregunta iracunda de su padre, a pesar de que solo eran las seis y cinco.

—¿Dónde estabas?

—Comprándole un sujetador a Jacqueline, ya que nadie más lo hace —replicó ella. Su padre la golpeó con fuerza.

Por el rabillo del ojo, vio que Xavier ponía una mano en la puerta de la *brasserie*. Éliane contuvo la respiración

hasta que Luc lo apartó de un empujón para que subieran las escaleras hacia el apartamento, donde Xavier vería que gran parte de los muebles habían desaparecido, vendidos para pagar las deudas de su padre, salvo lo imprescindible: camas, una mesa, un sofá y seis sillas.

Su madre, que había salido de la cocina al oír el golpe, cruzó su mirada con la de su hija y se encogió de hombros con empatía.

Ojalá Éliane pudiera permitirse el lujo de un dolor de cabeza.

Éliane dobló servilletas hasta que hubo alguien a quien atender. Los clientes eran escasos, y como dos mesas estaban ocupadas por los amigos de su padre, que estaban allí por el importante descuento en el vino, Éliane supo que pasaría mucho tiempo antes de poder ser estudiante a tiempo completo en la Escuela del Louvre. Si es que alguna vez eso llegaba a suceder.

Cerca de las ocho y media, vio a Angélique en el *passage* haciéndole señas. Se escabulló.

—¿Qué pasa?

—Yolande no encuentra su muñeca. Esa con la que le gusta dormir.

Éliane cerró los ojos y trató de pensar. No había muchos sitios donde esconder nada en el desangelado apartamento.

—Y también me faltan los guantes —añadió Angélique en voz baja—. Los que me regalaste para mi cumpleaños.

Las dos miraron hacia la cocina, donde su padre estaba preparando los pedidos.

Los ojos de Éliane se clavaron en los de su hermana.

—Tal vez no los ha vendido todavía. Tal vez pueda encontrarlos.

—Yolande no dormirá sin su muñeca.

Su hermana, por lo general muy combativa, habló con resignación. Éliane la atrajo hacia sí y la besó en la frente; comprendía el esfuerzo que hacía Angélique pensando en la muñeca de Yolande, y no en sus preciosos guantes.

—Dale a Yolande algo mío para dormir —respondió, pues sabía que una Yolande insomne crisparía los ánimos de todos—. Y puedes quedarte con mis guantes.

Angélique la apretó con fuerza y, por millonésima vez en sus veinte años, Éliane deseó poder tomar a todas sus hermanas y huir. Sabía que podía ayudarlas más que un padre en bancarrota y una madre agotada, ¿no? Frunció el ceño al observar a Angélique subir las escaleras. Tal vez había llegado el momento de abandonar la escuela de arte y trabajar también por las mañanas en el Louvre.

Los minutos pasaron con lentitud. A las diez en punto, se oyó el tintineo de la campana de entrada y Éliane, que había estado esperando ansiosa para cerrar, se volvió hacia la puerta con una sonrisa falsa en el rostro.

Xavier estaba de pie allí.

—Esperaba poder beber una copa de vino —declaró, con el acento de su lengua materna inalterado por su estancia en Inglaterra.

—Luc no está —contestó ella.

Sabía que su hermano estaría en Montparnasse, bebiendo vino también y fingiendo que si visitaba los cafés frecuentados por los artistas de la Escuela de París se convertiría también él en un artista. Éliane esperaba que Xavier estuviera con él.

—He estado dos horas en Montparnasse escuchando a Luc hablar de musas con una modelo artística. Buscaba un sitio menos ruidoso.

Éliane hizo un gesto señalando la cantidad de sillas vacías.

—Bueno, pues has encontrado el restaurante más tranquilo de París.

Él se rio.

—No creo que sea el mejor eslogan para atraer clientes, pero es justo lo que quiero.

Ahora la sonrisa de Éliane fue real. Lo guio hacia una mesa y le sirvió un vino.

Xavier echó un vistazo a la cocina, donde su padre cantaba una canción obscena con voz achispada.

—¿Puedes sentarte?

Éliane asintió.

Xavier le pasó la copa de vino.

—Es para ti.

—Gracias —dijo ella. Mientras daba un trago, sintió que desaparecía el cansancio que arrastraba en los pies—. ¿Estás de vacaciones en París? —preguntó, de pronto curiosa por saber más de aquel hombre que la invitaba a beber vino y le había pedido que se sentase—. Es un momento complicado para estar aquí.

Junto a ellos, el titular de un periódico anunciaba la inquietante noticia de que la Unión Soviética había firmado un pacto de no agresión con los nazis. Éliane lo apartó de un codazo.

—Estoy aquí justamente porque es un momento tan complicado. —Xavier se reclinó en la silla y ella no pudo evitar preguntarse por qué había ido a verla a ella, la hermana de su amigo, que no había tenido tiempo de retocarse el pintalabios en todo el día y vestía un simple vestido de algodón y quizás una mejilla roja por el golpe violento de su padre.

—No sé si sabes que mi padre tiene una galería de arte aquí —continuó él—. También tiene una en Londres y otra en Nueva York.

Éliane esbozó una sonrisa irónica.

—Creo que en ese entonces estaría demasiado ocupada gritándoles a las niñas mientras tú se lo contabas a Luc.

Xavier volvió a sonreír y ella descubrió que era incapaz de apartar la mirada de sus ojos, que eran de un castaño oscuro muy particular, un tono que no estaba segura de que existiera en un tubo de pintura y que podría ser demasiado difícil de lograr incluso combinando otros colores. Era como la luz del sol de la mañana bailando sobre el bronce.

—No recuerdo mucho de tu familia, pero sí recuerdo que tú nunca gritabas —continuó.

Éliane se puso de pie para tomar otra copa del estante. A pesar de que su plan había sido barrer el suelo e irse a la cama, ahora no estaba cansada.

—Enseguida vuelvo.

Asomó la cabeza por la puerta de la cocina y se dirigió a su madre.

—Yo cerraré. Hay un último cliente. Pero no quiere comida.

Su padre refunfuñó, se quitó el delantal y abandonó el lugar sin esperar a su madre, que besó las mejillas de Éliane antes de marcharse. Luego Éliane volvió junto a Xavier con una botella de vino, le sirvió una copa y el eco de su suspiro de alivio resonó en el restaurante ahora vacío.

—Lo siento —se disculpó—. No estoy acostumbrada a estar aquí sin hacer nada. —Xavier dio un trago a su vino y la estudió como si fuera un retrato digno de contemplación—. ¿Sigues cuidando a tus hermanas? Luc dijo que estudiabas en la escuela con él. Y que trabajas en el Louvre, además de trabajar aquí. Pero creo recordar que solías pintar. Como Luc.

Éliane soltó una risita breve.

—No como Luc, no —fue todo lo que dijo.

Xavier esperó. Éliane dio un trago a su copa, la hizo girar y estudió las viejas marcas de vino tinto sobre la mesa.

—Solía pintar —aventuró con cuidado—. Pero los lienzos son caros. Y necesitas tiempo para practicar. Ahora solo voy a clases de Historia del Arte. Por la mañana. Solo hasta que empieza mi turno en el Louvre.

—¿Todavía tienes alguna de tus obras? —Xavier inclinó la cabeza hacia abajo para intentar que ella levantara los ojos de la mesa y lo mirara.

Ella se permitió hacerlo.

—Tuve que volver a pintar los lienzos de blanco y venderlos —explicó con sencillez. Ahora se sorprendió observándolo con atención.

El cabello oscuro y los ojos oscuros y la camisa azul y el cuerpo fornido lo hacían guapo, pero lo que lo hacía decididamente atractivo era su actitud. Si su padre poseía galerías de arte en todo el mundo y Xavier se juntaba con artistas como Matisse, entonces tenía dinero y poder y, desde luego, su porte y su vestimenta sugerían la confianza y la seguridad en sí mismo de una persona que era consciente de su lugar en el mundo. Pero en vez de contarle historias sobre artistas célebres, le preguntaba por sus obras.

Era tan embriagador —su amabilidad, la calidez y el interés genuino que brillaban en sus ojos— que ella apartó la copa de vino, sin necesidad de embriagarse más.

—Estabas hablándome de la galería de tu padre —lo animó, deseosa de saber más sobre él.

—Acabo de terminar la carrera de Derecho —precisó Xavier—. Fue un acuerdo con mi padre: yo iría a Oxford y él me dejaría tener lo que él llama mi última aventura romántica con el óleo y los lienzos: un año en Francia para aprender de él el negocio de las galerías y pintar en mi tiempo libre. —Sonrió con pesar al ver la paleta de azules en su mano derecha—. Luego me quedaré en París para hacerme cargo de los intereses europeos en la galería y mi padre se ocupará de Norteamérica e Inglaterra. Con Hitler

tan impredecible, tenemos que estar aquí para asegurarnos de que todo esté a salvo en caso de que... —Hizo una pausa.

—¿Crees que habrá guerra? —preguntó ella con tono sombrío.

—No lo sé.

Éliane se inclinó hacia delante, atenta a la conversación. Era un tema en el que sus padres parecían totalmente desinteresados, del que Luc se reía y del que ella no quería hablar con sus hermanas por temor a asustarlas.

—Espero que Hitler piense que ya ha hecho bastante —agregó Xavier—. Tiene Austria, tiene Checoslovaquia; ahora tiene una alianza con Rusia. Y ha expulsado de Alemania y de sus tierras conquistadas a todos los artistas judíos o que no pintan exactamente lo que él quiere, o se ha asegurado de que no vuelvan a trabajar. No se limita a apoderarse de las naciones, sino que también destruye su arte y su cultura.

—No había pensado en eso —admitió Éliane con lentitud—. En cómo algo como la guerra puede afectar al arte. Lo cual es una tontería, porque basta con echar un vistazo a la historia para darse cuenta de que cuando los países se pelean, la gente no es la única que sufre.

—Todo sufre cuando el poder y el dinero están al alcance de hombres codiciosos. Y estoy empezando a creer que hay más hombres codiciosos que decentes. —Xavier dio un trago a su vino y meneó la cabeza—. Lo siento. No era mi intención venir aquí y ponerme melancólico. Vine porque...

La miró con aquellos ojos, tan sorprendentes como el claroscuro de un cuadro de Rembrandt, luego parpadeó y ella sintió como si le hubiera arañado el corazón con las pestañas.

—... quería hacerte sonreír —añadió, sin apartar la mirada, sin avergonzarse del interés que sus palabras

implicaban—. Como le sonreíste a tu hermano esta tarde en la calle. Tienes una sonrisa hermosa.

Éliane no pudo evitarlo. No solo su boca, sino todo su rostro se iluminó con una expresión de felicidad, que Xavier le devolvió. No pronunció las palabras, aunque quería hacerlo: “Tu sonrisa también es hermosa”.